

Compre usted mañana
el número 33 de la popular
publicación semanal de
BIOGRAFIAS DE ARTIS-
TAS DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de
la encantadora

BETTY COMPSON

Numerosos datos y fotografías
Regalo de una lujosa postal

— Precio popular: 35 céntimos —
De venta en todas partes

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRAGONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 202

25 cts.



LA MUJER
DEL CENTAURO

POR
ELEANOR BOARDMAN,
JOHN GILBERT, etc.

Pinoleca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V

BARCELONA

N.º 202

La Mujer del Centauro

Sugestiva comedia de la vida real, interpretada por los siguientes artistas:

Jeffrey Dwyer. **John Gilbert**
Juana Converse. **Eleanor Boardman**
Hattie **Kate Price**
Esperanza Lorimer. **Jaqueline Gadson**
Inés Martín **Aileen Pringle**
Jack Todd. **Philo Mac Cullough**

Producción Metro Goldwyn Pictures

Exclusiva de

Metro Goldwyn Corporation

Rambla Cataluña, 122

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DAVID POWELL

La Mujer del Centauro

Argumento de la película

Conocida de todos es la fábula del centauro, mitad hombre, mitad bestia, al resonar de cuyos cascos temblaban, poseídas de temerosa y expectante emoción, las doncellas.

El fabuloso centauro es acaso la representación más adecuada del hombre en cuya alma arde el anhelo divino de lo bello y a quien la carne arrastra a través del abismo de las pasiones.

...

Aquella mañana, Jeffrey Dwyer, estudiante poeta que alimentaba nobles ideales y no pocas ideas extraviadas, salía animoso de su linda casita en el campo, decidido a gozar de la vida, tomando parte en todas las fiestas que se celebraban en la buena sociedad, en la que contaba con numerosas y agradabilísimas relaciones. Una mano femenina se tendió a su paso, y el joven la besó dulcemente, aceptando la devolución de uno de sus libros, que él prestara, para su lectura, a sus vecinos.

La dueña de aquella mano fina y aristocrática, era una linda muchacha en la mejor edad de la vida, que, entusiasmada de la pluma, atrevida y sentimental, del poeta, no tendría inconveniente en dejarse querer un poco.

Jeffrey siguió su camino, pero a los pocos pasos, recordando la caricia recibida en su mano por la mano de la vecina, retrocedió, envalentonado por la evidencia de una nueva aventura, y las enredaderas que engalanaban la separación de una casita a otra, ocultaron la deliciosa escena...

En otra casita, lejos de allí, abríase al jardín de los sueños una flor de suave aroma. Llamábase Juana Converse, y, aquel día, cumplía diez y ocho primaveras.

Brillaba el sol esplendorosamente en la bóveda azul y era tibio el aire lleno de fragancias embriagadoras. Juana saltó de su mullido lecho, confidente callado de sus ilusiones, y al abrir la ventana de su cuarto recibió la caricia de la naturaleza a todo pulmón. ¡Qué feliz se sentía! ¡Diez y ocho años! ¡Qué afán tenía de ser mujer!

Vistióse en un abrir y cerrar de ojos, ansiosa de verse encima el nuevo vestido regulado por su cariñosa mamá. Por cierto que le sentaba a maravilla. Claro que seguía siendo la jovencita de siempre, pero los años no engañaban. ¡Tenía diez y ocho! Ya se creía con derecho a murmurar frasecitas cálidas muy junto al espejo, contemplándose en él, recreándose en considerar que sus piernas no estaban mal... su talle tampoco... y asimismo la parte de arriba... esa parte en que late el corazón bajo un blando estuche de nieve rosada... En cuanto a su rostro, con decir que bastaba mirarla para sentirse tentado de besarla en sus brillantes ojos, en su nariz de corte perfecto, en sus labios, ¡oh, divino tesoro!, irresistibles cuando se abrían para sonreír o para ayudar a los ojos a admirar...

Alegre, saltando como una colegiala, fué desde su habitación a la cocina, donde encontró a la buena Hattie, que era para ella más que una criada, una amiga siempre dispuesta a darle un consejo o a compartir un secretillo.

— ¡Buenos días, Hattie! ¿Te gusto?

— ¡Oh! ¡Que los cumpla usted muy felices, señorita Juana! ¡Qué hermosa está usted! ¡Ah, cómo pasa el tiempo! ¡Quién diría que es usted aquella niña que yo mecía en mis brazos!

Se habían abrazado. La vieja sirvienta no pudo contener algunas lágrimas de contento. Esos fieles domésticos son como de la familia; comparten las penas y las alegrías de la casa tal que si su co-

razón latiese al unísono entre los cuatro muros del hogar.

De pronto Juana, estrechándose aún más contra Hattie, le susurró al oído:

—Dime, Hattie, ¿qué es lo que siente una al enamorarse por vez primera?

La criada, algo sorprendida por la pregunta, trataba de esquivar la respuesta, turbada también por los recuerdos de sus años juveniles; pero como Juana no renunció a descifrar la incógnita, no tuvo más remedio que complacerla.

—Pues... se siente... Vamos... se siente algo así como si una estuviese en la gloria y en el infierno al mismo tiempo.

—;Ay, Hattie, yo quisiera pasar por estos trances!

—Pero, señorita...

—;No en balde tengo diez y ocho años, Hattie!

Sonrió la vieja criada, y el Tiempo, que sigue siempre su curso sin apiadarse de nadie o apiadándose acaso, hizo llegar el verano; y con él, proporciónó a Juana una grata sorpresa.

La doncella tenía un hermano, Jaime, que estudiaba en la ciudad. Las vacaciones devolvieron a éste a su casa, y a ella llegó acompañado de un amigo, el mejor de todos, el más íntimo, Jeffrey, el poeta.

Juana miró embelesada al héroe con que había soñado, y Jeffrey, a su vez, se recreó desconcertando a la joven con su insistente examen de toda su persona, mientras le acariciaba la aterciopelada mano que había apesado entre las suyas.

Desde el primer encuentro, Juana entregó su corazón al poeta, y vivía una existencia de fantasía teniendo a Jeffrey a su lado.

En las cálidas noches que siguieron, vésperos de verano en que la tierra es poesía y la vida amor e ilusión en las almas, Juana y Jeffrey daban paseos por el lago en frágil embarcación.

A instancias de la muchacha, el poeta recitaba sus mejores versos, y Juana, extasiada, anhelaba amar...

Pero todo no fué más que un soplo acariciador, y cuando Jeffrey se fué, a Juana le pareció que con él se iba el mundo; y pasó largas semanas de nostálgico abatimiento del que la sacó por fin una invitación para ir a Long Island a celebrar en casa de los Lorimer la tradicional fiesta norteamericana del Día de Acción de Gracias.

Al bondadoso señor Lorimer le estaban convirtiendo la casa en un verdadero hotel, pero, lejos de enfadarse, se mostraba contento, al parecer.

Esperanza Lorimer, la hija a la que correspondía hacer los honores de la casa, era muy amiga de Juana, y el hermano de ésta no tendría seguramente inconveniente en proponerle algo muy serio.

Entre los invitados figuraba el poeta.

Juana tuvo una indescriptible alegría al verle allí. Fué un momento en que Esperanza, requerida por él, le arreglaba el lazo de la corbata.

Jeffrey, al advertir a Juana, también mostró su contento, y, menos tímido—¡ya lo creo!—que ella, la saludó efusivamente.

Juana se prometía continuar en casa de los Lorimer el idilio con el poeta, pero éste, siempre ávido de nuevas aventuras, pasaba, a poco, revista al elemento femenino presente.

Una de las invitadas últimas en llegar fué Inés Martín, cuya aparición en cualquier fiesta despertaba siempre admiración... y envidia.

Era Inés una mujer de retadora hermosura, de ardiente mirar y de cuerpo delineado sin duda por la voluptuosidad misma. Convencida de su belleza y de su poder sobre los hombres, entraba en los salones con esa gentileza de los grandes, de los poderosos. Sabía que a una mirada suya los hombres se hubiesen postrado a sus pies, esclavos de su capricho.

Las mujeres cubrían de zalemas a la modelo de irresistibles encantos, pero, en el fondo, la odiaban por envidia, porque era su imbatible rival, porque tras ella se iban los deseos de todos los hombres...

Jeffrey, que no conocía a Inés, quedó pasmado al verla. No había visto en su vida mujer igual. El, que amaba el amor con desenfreno, no tuvo jamás la inefable dicha de cruzarse en su camino con una aventura tan estupenda como la que ahora se ofrecía a sus grandísimos ojos. Todo desaparecía a su alrededor, excepto aquella mujer. Llegaba sola. ¡Qué ocasión! ¿Era libre? ¡Poco importaba!

Inés, al subir al piso donde todas las invitadas cambiaban su traje de calle por las lujosas *toilettes* de salón, encontróse frente a Jeffrey, que le cerró el paso para saludarla. Las miradas de ambos significaron mutuamente grata sorpresa. Los ojos de Jeffrey dijeron más de lo que, en aquel momento, hubieran podido pronunciar sus labios acostumbrados a galantear. Fué como una repentina declaración, entusiasta, vibrante, atrevida. Ella limitóse a sonreírse, y siguió subiendo. Jeffrey trató de seguirla, introduciéndose un tanto en la habitación de las mujeres, casi todas a medio vestir, pero, ni que decir tiene que fué presto arrojado de aquella mansión de la gracia, de los cuerpecitos tentadores, del perfume internacional... y del tufillo que hace perder la cabeza a los pobrecitos mortales.

Jeffrey no cabía en sí de gozo. ¡Lo que iba a divertirse!

Inés, entretanto, rodeada de sus seudo amigas, hablaba de las brillantes fiestas de la alta sociedad, a las que ella había asistido, y refería curiosísimas anécdotas de personas notables que pasaban por ser el prototipo de la seriedad y buenas costumbres. Ninguna de las que la escuchaban, con deleite, pues les servía el plato predilecto, osaba interrumpirla, si no era para confirmar lo que ella les decía.

A la hora del baile, Jeffrey esperaba la reaparición de Inés.

En el salón, empezaban a entrelazarse las parejas al compás del *jazz-band*.

Juana, encantadora bajo su vestido blanco, desataba bailar toda la noche con Jeffrey; pero se

encontró con que, en la escalera del salón, la estaba esperando desde hacía buen rato, Ken Seymour, un muchacho tímido que le declaraba su inmenso amor dos veces por año, sin que hubiera un sí que lamentar.

Jeffrey no estaba allí, y Juana no tuvo el valor de desairar al asiduo pretendiente, ballando, pues, con él.

El poeta se hallaba en el centro del salón. Juana le vió mientras ella bailaba con Ken, y llevada de su deseo de sentirse cerca de él le llamó ostensi-



Inés, entretanto, rodeada de sus seudo amigas...

blemente, agitando un brazo. Jeffrey correspondió al saludo de Juana, pero sin comprender que debía acercársele a comprometerle el siguiente baile.

En cambio, Jeffrey, tan pronto vió a Inés en la meseta de la escalera, abrióse paso entre las parejas, y acudió presuroso a invitarla a bailar.

Inés, la diosa, la hechicera, negábase caprichosamente, gozándose en la desazón de Jeffrey.

—Es que no sé bailar, créame.

—Eso no puede ser verdad. Una mujer como usted...

Miróla a los ojos, y nerviosamente, impelido por el deseo de abrazarla, de dominarla, la estrechó con vehemencia, bruscamente, contra sí, por el talle, y confundió su hálito con el de ella.

Inés, lejos de oponerse al arrebató del poeta, clavó sus ojos en los suyos, y entregóse a la dominación, orgullosa de la doble victoria de su belleza sobre el recio temple de Jeffrey, y del poder del escritor sobre su corazón.

Descendieron los peldaños bailando, y ya en el salón, parecía que estuvieran solos, tal era el egoísmo con que se ocupaban de ellos solamente.

—¿Dónde había estado usted escondida que yo no la había visto?—preguntóle Jeffrey, rozando su rostro con sus labios.

—Había estado... esperando a usted—repuso ella.

La aventura no tenía precedente. Había bastado que se mirasen para que la llama del amor prendiese en ellos con volcánica fuerza.

Varios jóvenes, que deseaban bailar con Inés, por la vanidad de hacerlo con la mujer más hermosa del salón, trataron de arrebatársela a Jeffrey. Rechazó éste, sonriente en apariencia, a cuantos impertinentes le molestaban, y, al fin, viendo que Inés iba a serle "raptada", recurrió a un medio sumamente atrevido.

—¡No hay derecho!—gritaban los otros jóvenes.

—¡Hagan el favor!

Y sin que nadie pudiera detenerle, Jeffrey cargó en sus brazos a Inés, y llevósela hacia el piso superior. Como quiera que aquéllos le seguían, abrió una puerta y encerróse con su preciosa carga en una habitación.

La insospechada escena paralizó un momento el baile, para proseguir luego, y se hicieron muchos comentarios.

—Eso es que se han enamorado.

—Debían conocerse de otra parte.

—¡Qué calladito tenían el secreto!

Juana sufría oyendo hablar de Jeffrey, mezclan-

do su nombre con el de Inés. ¡Oh! ¡La rival era invencible! ¡Si fuera cierto que estaba enamorado de ella, todo el castillo de ilusiones se derrumbaría estrepitosamente!

En tanto, Jeffrey, en la habitación donde se ocultara con Inés, seguía sosteniendo a ésta en sus brazos, contemplándola a los ojos con arrobo.

Ella musitó, sin moverse:

—¡Es usted un Hércules!

Y Jeffrey, loco de amor, atrajo a la hermosa con todas sus fuerzas, y la besó en los labios como



...Jeffrey cargó en sus brazos a Inés...

nunca besara a mujer alguna.

El Inés, que lo deseaba, encantada de la hazaña del poeta, aceptó el beso... y correspondió al mismo y a los que siguieron.

Poco después, considerando que su tardanza podría ser comentada de manera equívoca, Jeffrey e Inés regresaron, completamente dueños el uno del otro, al salón, pero se encontraron con que el baile

había cesado, por unas horas, para celebrar un banquete.

Las tarjetas indicaban el sitio en que cada invitado debía sentarse, pero antes de que Jeffrey apareciese, Juana, intencionadamente, deseando tenerle a su lado, cambió la suya poniéndola junto a la de sí misma. Efectuada esta operación, esperó con impaciencia febril a que el poeta llegase al comedor y buscase su tarjeta, para sentarse a su vera.

La llegada de Jeffrey del brazo de Inés confirmó a algunos la sospecha de que estaban enamorados, y Juana no pudo ocultar una mueca de desagrado al verles tan cariñosos entre ellos. No obstante, la joven hizo señas a Jeffrey para que no se molestase en buscar su tarjeta, indicándole que estaba en el sitio vacante inmediato al suyo. El poeta, distraído, no reparó en la intención de Juana, y a pesar de que al lado del puesto de Inés había una tarjeta que no le correspondía, impidió al invitado que debía ocupar dicho sitio el sentarse allí, y lo mandó a cualquier otra parte, pues él no renunciaba por nada en el mundo a separarse de su nueva, loca y maravillosa aventura.

Ken se había sentado a la diestra de Juana, y se esforzaba en llamar su atención sobre sí, lo propio que el invitado que tuvo que colocarse a su izquierda; pero la doncella, absorta en la contemplación de su amado en silencio, no paró mientes en ninguno de los dos, y sufría, aunque una leve sonrisa quisiera disimularlo, viendo a Jeffrey acaramelado con la bella Inés.

El ágape transcurrió agradablemente para todos, excepto para la doncella, que asistía a la fuga de su ilusión más cara.

El poeta, embriagado del perfume de la soberbia mujer que aceptaba sus galanterías, creíase solo en el comedor, y una de las veces que le susurró algunas palabras, tentado estuvo de besarla, abandonándose ella rendidamente a la acción, pero los demás invitados, con sus gritos de entusiasmo, léase envidia, separaron a los tórtolos.

Después de la cena, Jeffrey, loco de contento,

salió al jardín de la casa, y en él, sentada en un banco-columpio, encontró a Juana, que prefería la tranquila soledad a la bulliciosa animación... estando en ella Jeffrey sólo atento a ser agradable a otra mujer.

Juana, al ver al poeta, olvidó sus penas, y sonriéndole con sus grandes ojos y con sus magníficos y puros labios, le invitó a sentarse a su lado.

Juana hubiese querido que Jeffrey, en aquellos momentos de intimidad, la hiciera ruborizar de gozo pronunciando quedamente palabras cariñosas...



...pero la doncella, absorta en la contemplación de su amado en silencio...

¡Pero cuán lejos estaba el poeta de pensar en los deseos de ella! La otra dominaba completamente su espíritu. Acababa de separarse de su lado y la seguía admirando en imaginación. Sonreía. Considerábase un héroe, un gladiador invencible. ¡Había conquistado a una diosa!

De pronto, obedeciendo a su corazón, exclamó:
—¡Estoy enamorado!

Por un instante, Juana creyó que era ella el objeto de las ansias del escritor, mas no tardó en llegar el cruel desengaño.

Jeffrey, inflamado de pasión, recitaba acariciando la mano de Juana, conturbándola a ella de dicha y amargura a un tiempo:

*Ella tiene la luz, tiene el perfume
el color y la línea*

*la forma engendradora del deseo,
la expresión, fuente eterna de poesía.*

Luego, insensible a cuanto sucedía a su alrede-



...y una de las veces que le susurró algunas palabras, tentado estuvo de besarla...

dor que no fuera Inés, el poeta alejóse de la ingenua Juana, para reintegrarse al placer de la danza con la que era toda su vida desde aquella noche clara, serena, llena de estrellas...

Juana, acometida de pena, lloró su desventura, y apretándose con las manos el corazón, musitó:

—;Dios mío, Dios mío, arráncame del alma este amor que siento por él!

El primer encuentro de Jeffrey e Inés marcó el comienzo de meses de amorosa embriaguez durante los cuales el poeta hizo de la bella el centro del universo.

No faltaban a ninguna fiesta, y su amor, cada vez más impetuoso, no respetaba nada. Aquella velada, abandonándose lánguidamente a su mutua presión, Jeffrey, al compás de un vals lento, suspiró a Inés:

—;Inés, alma mía, tesoro mío, quién pudiera dejar que la vida transcurriese así! ;Qué dulce sería amar... y morir en tus brazos!

E Inés, vencida por la pasión del artista, se encogió en sus brazos, correspondiendo a sus caricias...

Juana, entretanto, vivía del recuerdo; soñando en lo que pudo haber sido y no sería; acechando, con esa crueldad que quienes aman sin esperanza muestran a veces para consigo mismos, cuantas ocasiones se le presentaban de oír hablar de él... y de la otra.

—;Te has enterado de que Inés Martín tiene a Jeffrey Dwyer poco menos que loco? El, que nunca fué muy cuerdo, que digamos...—dijo, aquel día, en la mesa, una tía de la enamorada a otra pariente de ésta.

—Ciego tendrá que ser el que no lo haya visto: en este mundo hay mujeres para todo... y más en los tiempos actuales—comentó un viejo primo de Juana.

La plática fué desarrollándose de boca en boca, y Juana, no pudiendo, al fin, resistir tanta murmuración, pretextó sentirse indispuesta, para ausentarse del comedor.

Un buen día, la dulce muchacha recibió una alegría con la siguiente carta:

Mi querida Juanita:

Dos palabras para decirte que la semana que viene vamos a celebrar en casa una fiesta a la que queremos que asistáis tú y tu hermano. Vendrán

todas las amigas y los chicos que han estado aquí otras veces y vosotros no podéis faltar de ninguna manera.

Tu afectísima

Esperanza Lorimer.

P. S. Se me olvidaba: he invitado a Ken, tu fiel pretendiente.

La satisfacción de Juana no obedecía a más que a la esperanza de encontrar en la fiesta a Jeffrey, al que amaba con todo su corazón, a pesar de los pesares.

Ya en el tren, Juana sentía acrecer su contento, cuando de improviso, su hermano fué violentamente tocado en un hombro por un viajero. Ella levantó sus ojos hacia el importuno, y simultáneamente oyóle decir, festivo:

—¡Vamos, hombre, quítate de ahí, que tengo que hablar con Juanita!

El aludido era el propio Jeffrey. El hermano de Juana le saludó efusivamente, y cedióle su puesto, para que le dijese a la joven lo que tanta prisa le corría notificarle.

Juana, henchida de alegría, preguntábase qué era lo que el poeta iba a decirle, y éste, acariciándole la mano, como la vez anterior, exclamó, sin mirarla, fijo su pensamiento en un rostro fascinador:

—Tengo que darle a usted una gran noticia, Juanita; me voy a casar con Inés Martín.

Juana atragantóse, y reaccionando al punto, dijo, con aparente sonrisa:

—¡Cuánto me alegro, Jeffrey! Que sean ustedes muy felices.

—Muchas gracias, Juana. Pero eso no es todo... Para que no falte nada, los editores han comprado mi primera novela.

Esta vez, la alegría de Juana fué sincera, partía de lo más hondo de su ser.

—Le felicito, y lo único que temo es que dentro de poco, cuando sea usted famoso, no se acuerde siquiera de nosotros.

—¡Oh! No diga usted eso... Los amigos son siempre amigos... Y usted y su hermano son más que amigos... son algo como de mi familia... de mí mismo...

El caballo de hierro seguía devorando kilómetros, y allá en Long Island, en casa de los Lorimer, Jack Todd, un rico ocioso, perfectamente convencido de que en el amor, como en todo en la vida, la fortuna es de los audaces, prescindía de los rumores de la pasión de Jeffrey por Inés, y galanteaba a ésta, de modo tan acertado, que no sería extraño que la brillante prosa de los fajos de dólares derrocarse de su sitial a la poesía...

En la amplia piscina del jardín de la espléndida morada de los Lorimer, entregábanse los invitados a los placeres de la acrobacia y la natación, destacándose del conjunto, por su admirable arrojo y su venusto cuerpo apesado en ceñido *maillot*, singularmente provocativo, obra del demonio, seguramente, o de los gerentes de la industria de los sellos Yer, Inés, el dulce tormento de Jeffrey, que se olvidaba del poeta para hacerle buena cara a la envidiable situación financiera de Todd.

No tardaron en llegar los dos hermanos y el amigo Jeffrey.

Este último, al ver a Inés, apresuróse a saludarla, lleno de ansias y promesas, pero ella se desprendió de sus brazos para arrojarse de nuevo al agua, reuniéndose con Todd.

No le produjo excelente efecto a Jeffrey el recibimiento que le había dispensado Inés, y como que Todd la rodeaba la cintura, sentados ambos en el madero que servía de flotador de la palanca colocada en el centro de la piscina para los ejercicios de salto de los bañistas, llamóna, contestándole ella que sí quería hablarle, que la alcanzase donde estaba. Jeffrey, loco por la casquivana, no se detuvo a reflexionar, y se zambulló en el lecho líquido, vestido, llegando presto junto a Inés.

Todd, ocultando su enojo, empujó a Inés hacia sí, hasta caer los dos al agua, para librarse, a nado, de Jeffrey, que, sin comprender demasiado

la broma, decidió ir a desnudarse, para vestirse apropiadamente para hacer travesuras en el agua.

Al llegar la noche, el baile unía a las parejas, como antes en el agua, pero mejor, que nada es igualable a la danza para la expansión de los que aman. El baño podrá tener sus atractivos... pero el baile es tan arrullador... invita tanto...

Esa noche Jeffrey se sentía más enamorado que nunca. Bailó con Inés, que no pudo sustraerse a ello, a pesar de las insistentes miradas de Todd, y antes de terminar una danza se la llevó consigo al jardín.

Juana, toda a su melancolía, se hallaba sentada en uno de los bancos-columpios de dicho jardín, y al ver salir juntos a Jeffrey e Inés, profundizó más, si cabe, su tristeza.

El poeta y la hermosa fueron a sentarse en un cenador, y aquél, esclavo de su última aventura, la más irresistible de cuantas tuvo en su carrera de conquistador, cogióle las manos, acercó sus labios a los de ella, y dijo, vehemente, nervioso, apremiante:

—¡Inés! ¡Mi vida! ¡No sabes cuánto te quiero!

Ella no era ya la misma. Le atraía el brillo del dinero de Todd. Pero no sabía cómo deshacerse del poeta, y repuso, tanteando el pretexto que le hacía falta:

—¡Qué manera tan prosaica de decírmelo! Cualquiera creería que no eres el mismo que sabe escribir cosas tan bonitas.

—¿Por qué dices eso, Inés?...

—El que lee tus versos y te trata después se lleva una gran desilusión, Jeffrey... ¿Sucederá lo mismo con todos los poetas?

—No sé... Inés... no sé...

—Hasta cierto punto es un engaño eso de hacer que os crean seres superiores cuando, en realidad, sois iguales a todos los demás mortales; y te confieso que yo me enamoré del poeta y no del hombre, Jeffrey.

—Pero...

—Es mejor que hablemos con franqueza, ¿no te

parece? Yo no siento amor por ti...

—¿Cómo?

—Jack Todd me ha hablado de matrimonio... y estoy decidida a ser su esposa.

—No hables así. Inés, ya sé que sólo se trata de una broma, pero a pesar de eso...

—No es cosa de risa, Jeffrey. Todd ha pedido mi mano, y yo he accedido.

—¡No! ¡Di que eso es falso!

—¡Es la pura verdad! Ahora mismo voy a reunirme con él, y hablaremos de nuestro porvenir. El quiere casarse pronto.

Jeffrey se resistía a creer lo que estaba oyendo, pero al ver a Inés resuelta a volver al salón en fiesta, la detuvo, cerca del cenador, y con desespero, suplicante, exclamó, cayendo de hinojos a sus pies:

—¡Inés, ángel mío! ¿No ves que me estás matando?

La inconstante hermosa, sorprendida por la impioración de Jeffrey, echóse a reír, resistiéndose a escucharle, y, cruelmente, escarnecióle, tratándole como a un faldero, al que se hace cometer las más raras extravagancias por lograr un pedazo de azúcar.

—Vamos, hombre, no sea usted ridículo.

Pero Jeffrey, ciego de dolor, no veía nada ridículo en su postura, y seguía en su súplica de amor.

Inés, mujer enferma de poder, de fascinación, indignóse consigo misma, en aquel momento en que, tal vez, sentía la voz del remordimiento por su volubilidad, por haber dado oídos, por haber amado, mejor, a un Hércules falso, incapaz de resistir las adversidades del destino.

Y al quedar solo, Jeffrey, ocultando, en tierra, su rostro en sus manos, gemía:

—¡Y yo que te creía la mujer ideal, que te adoraba como a un dios! ¡Infame! ¡Infame!

Juana vió desaparecer hacia la casa a Inés; y, al llegar ésta a la terraza, donde algunos invitados se entregaban a la distracción de contar cuentos o

cantar a la luz de la luna, Todd, que la esperaba, comprendió lo que acababa de suceder, y la recibió en sus brazos, besándola delante de todos, como prueba del pacto que habían hecho.

Esa escena asombró a Juana, y como, por su parte, vió claro en aquel asunto, como los demás, comprendió que Jeffrey era libre, puesto que Inés amaba a otro, y su amargura trocóse, sin meterse en averiguaciones, en la más infantil alegría, en la que participó Ken, que se había sentado a su lado, y juntos entonaron una alegre canción cuya música echaba al aire un invitado rasgueando una mandolina...

Pasaron meses durante los cuales galopó el centauro frenéticamente en busca de nuevas músicas y de más embriagadores vinos.

En su empeño de olvidar a Inés, el poeta lanzó base de lleno en el desorden y la orgía.

Una tarde, al ir a arreglar una habitación del piso superior, la criada de un establecimiento de bebidas y fiestas, concurrido por los juerguistas, encontró a Jeffrey tendido en una cama, profundamente dormido. Le despertó.

—¡Eh, joven! Haga el favor de levantarse. Tenemos comprometido el local para una fiesta que dan esta noche; haga usted el favor de retirarse.

Más dormido que despejado, Jeffrey repuso:

—¡Pero si yo soy de los de la fiesta!

—No, señor, no. La fiesta de esta noche no tiene nada que ver con la de anoche. Conque, vamos, lírguese usted cuanto antes.

—Ya... ya voy...

El poeta incorporóse en la cama, como dispuesto a vestirse y marcharse; pero tan pronto desapareció la criada, después de poner un poco de orden en la habitación, Jeffrey refrescóse con agua el gaznate, pasóse la mano por la frente, para sacudir un recuerdo que le atormentaba, el desengaño de Inés, y fatigado de sus orgías sintió la necesidad de seguir reposando, lo que hizo tendiéndose de nuevo en el lecho.

Más tarde, en la planta baja, reuníanse los invitados a la fiesta de aquella noche. El organizador de la juerga era Jack Todd, el marido de Inés, cuyo matrimonio fué un sueño de una noche de verano, pues al llegar el otoño ya había vuelto él a las andadas.

—Esta fiesta será una lotería en la que le tocará a cada cual la muchacha que tenga un disfraz igual al suyo—dijo Todd a sus amigos.

Todos se precipitaron a las habitaciones superiores, para ponerse los disfraces, y Todd, deteniendo a una de las invitadas, le murmuró que coincidiera con su disfraz, para que ella fuera su pareja durante toda la noche.

Dicha joven entró en la habitación donde descansaba Jeffrey. No advirtió su presencia, pues estaba cubierto con las ropas de la cama. Desnúdóse tranquilamente, y el poeta, extrañado de oír rumor de pasos en el cuarto, desembozóse y contempló boquiabierto la belleza que, muy ligerita de ropa, se ofrecía a su vista.

—Pero... ¿estoy soñando?—se preguntó.

Para asegurarse de ello levantóse y a pasos quedos acercóse a la muchacha, que no le oyó llegar. El disfraz de *pierrette* que se había puesto la desconocida, se abrochaba en la espalda, y ella no podía hacerlo por más que lo intentase. Jeffrey no vaciló en presentarse de improviso para ayudarla.

—¡Eh!! ¿Quién... quién es usted?—preguntó asustada la gentil muchacha.

Jeffrey, tranquilamente, acariciándola con la mirada, contestó:

—Soy un rezagado de la fiesta de anoche.

Ella pareció rechazar los temores que de un principio la invadieron, y, al fin, accedió a que Jeffrey le abrochase el disfraz. Cumplió el poeta su cometido con la mayor galanura, y al terminar su delicada misión, sin pedir permiso alguno, besó en la boca a la máscara.

—Pero...—protestó la joven.

—¡Se va usted a quejar de que sea usted tan bonita que no haya podido menos de besarla!

La audacia de Jeffrey desarmó a la amigueta de Todd, que, desde aquel momento, le miró con simpatía.

—Daría media vida por bailar con usted la primera pieza—prosiguió Jeffrey.

Ella, encantada, aceptó. No hay mujer que se resista, ante un hombre agradable, a los halagos. Pero le puso en antecedentes de los deseos del organizador de la fiesta, cuyo nombre no citó.

—El se pondrá furioso—añadió—, pero para lo que a mí me importa... Baje corriendo y busque un disfraz como el mío.

Jeffrey salió de la habitación donde había estado durmiendo largas horas, y antes de ir a la planta baja, recordó, de nuevo, a la mujer que tan cruelmente le tratara. Rechazó, furioso, esa remembranza dolorosa, y, a poco, vestido de *pirot* de circo, bailaba con la preciosa desconocida cuyos labios sabían a miel.

Al terminar el baile, Todd se quitó la máscara, imitándole los demás. Su sorpresa no fué insignificante al ver que la pareja que él creyera su invitada predilecta, era una de las más feas; y su indignación, extraordinaria, al descubrir que Jeffrey le había quitado la mujer con la que él pensaba divertirse aquella noche. Acercóse a él, que le esperó aparentemente tranquilo, y mediaron entre ambos estas palabras:

—¿Se puede saber quién le ha invitado a usted aquí? ¿Acaso me sigue usted por cuenta...?

—Vamos, Todd, no sea usted necio... Estoy aquí... porque estoy aquí... porque me ha gustado esta muchacha...

—Pues sepa usted que su presencia no es de mi agrado... Por lo tanto...

—Bien. No tengo inconveniente... Me echa usted y me voy... Es muy natural. Siempre manda el más fuerte... el que tiene más dinero... Adiós, adiós, lucreo de una noche...

Jeffrey hizo como que se iba, pero regresó.

—Lo he pensado mejor: me quedo—dijo.

Todd, furioso, empujóle para que se marchase, y

como Jeffrey se violentase, le descargó un puñetazo en el rostro, que hizo caer al suelo al poeta. Este levantóse, y ofreció la otra mejilla al castigo de Todd. Jeffrey volvió a caer. ¿Era un cobarde, que se dejaba abofetear sin defenderse? Nadie podía penetrar en el ánimo del poeta. Aquellos golpes, según él, los merecía el hombre que se había dejado arrebatar a la mujer que era toda su vida, y, además, los necesitaba el mismo hombre para encenderse y castigar mejor al ladrón de su amor. En efecto, cuando Todd pensaba haber derribado a Jeffrey, éste se abalanzó a él, y lucharon a brazo partido, como fieras, a muerte. Venció Jeffrey, que tuvo aún que hacer frente a los amigos del imbécil cargado de dinero, librándose con vida del establecimiento. ¡Triunfó la poesía, por una mujer! ¡Oh, arma poderosa!

Después de haber salido victorioso de la trifulca, nuestro poeta sentía un deseo melancólico de olvidar, de soñar un poco, de ser bueno.

Pensó en Juana, la niña dulce, que tan cariñosa se había mostrado siempre con él.

Mientras su criado le curaba las heridas recibidas de Todd, telefoneó a la doncella, sin reparar en la hora que marcaba su reloj.

Juana se puso al aparato, avisada por Hattie, y al oír a Jeffrey, todo el malhumor que al ser sacada de la cama no pudo menos de experimentar, desapareció como por ensalmo.

—¡Qué sorpresa, Jeffrey, después de tanto tiempo de no saber de usted!

—Si la molesto, es porque estoy muy triste, Juana... Ya sabe que no tengo amigos... Y hay momentos...

—Si el contarme sus penas por teléfono las alivia...

—Quiero hablar con usted, Juanita, pero como en otros tiempos, horas y horas seguidas.

—Cuando usted quiera, Jeffrey. Mañana...

—Sí... Cuanto antes... Iré a buscarla.

Juana era dichosa. El porvenir le sonreía. Parecía que yendo con Jeffrey caminaba hacia la felicidad.

Fueron al Museo, lugar propicio para hablar. Jeffrey recitaba, junto a Juana, estos versos que eran copia de la realidad de su vida:

*Cual su vellón la oveja en el sendero,
en la embriaguez de muchos sueños vanos
dejó mi corazón su ardor primero...*

*Mira: lo tiendo a ti con tristes manos,
tal vez guarda cenizas y gusanos,
pero es bien tuyo, ¡y te lo doy entero!*

Juana sonrió, no recogiendo la alusión del poeta, y hábilmente dijo a Jeffrey:

—¿No sabe usted la noticia, Jeffrey? Voy a casarme con Ken Seymour.

La noticia no podía caer más oportunamente en el cerebro del poeta.

—¡Qué barbaridad! ¿Ha perdido usted el juicio, Juanita?

—Ken es muy buen muchacho, y a mí me parece muy simpático.

Un caballero más sordo que un usurero, aficionado a examinar los animales antediluvianos, importunaba a Jeffrey preguntándole por el sexo de uno de los esqueletos allí expuestos. El poeta no estaba para lecciones científicas, preocupado únicamente por la monstruosa noticia que le acababa de dar Juanita. Alejóse con ella del impertinente anatómico, y prosiguió:

—Sea usted razonable, Juanita. ¿No comprende que sería un crimen casarse con un hombre al que no ama?

—¿Cómo puede usted afirmar que no le amo?

—Estoy seguro de ello. Elija usted para marido a un hombre que sea capaz de hacerla sentir; que la haga llorar veinte veces cada día y sepa consolarla con sus besos otras tantas: eso es vida, eso es amor, y lo demás, vegetar y mentirse a sí mismo.

Juana le escuchaba extasiada, sorprendida, animada.

—Sí, Juanita, antes que casarse con Ken Seymour, cácese con cualquiera, así como suena: con cualquiera... ¡conmigo, por ejemplo!

Ella esperaba y no esperaba este final. Le pareció de perlas aquella proposición. Dudaba aún de que fuera cierta. ¡Qué felicidad!

—¿Y cree usted, Jeffrey, que además de hacerme llorar veinte veces cada día, sabrá hacer que vuelva a sentirme contenta?—preguntóle.



...y lucharon a brazo partido, como fieras...

—Hacer llorar es saberse amado... y secar las lágrimas es amar.

Pasó una hora más, y al separarse de Juana, para regresar a su casa, Jeffrey experimentaba una felicidad tan honda como nueva.

¿Y qué decir de Juanita? ¡Oh, qué alegría, qué alegría tan grande!

Al llegar a su casa, Jeffrey estaba lejos de sospechar que allí le estaba esperando Inés. ¿Inés? ¡Sí, ella, la inconstante, la que se rió de él como de un monigote al que se hace bailar tirando de un cordón!

Hermosa, olorosa, atractiva, incitante, con su mirar que invitaba a la caricia. Inés esperaba al poeta.

Jeffrey sintió que su corazón daba un brinco en su pecho, mas supo dominarse. Hubo una pausa. Al fin, reaccionando, aquél rompió el silencio:

—¡Cuánto tiempo sin vernos!, ¿eh, Inés?

—Mucho tiempo, Jeffrey... Por eso he venido a verle...

—Y... ¿qué tal, muy casadita?

—Sí, a medias.

—¿Se divorció usted?

—Casi, casi...

—¿Y se siente usted feliz?

—Pues... No he de fingir con usted, Jeffrey. Me ha ido muy mal en mi matrimonio.. Necesito desahogar mi corazón con alguien... ¿Me perdona usted lo ingrata que fui? ¡Ah, muy caro lo estoy pagando!

Se invertían los papeles de antaño. Ahora era Inés quien imploraba el amor de Jeffrey. Este se resistía. Aunque la siguiera amando, por lo mucho que la amó, había también mezclado con este amor el despecho, el desengaño... que difícilmente se olvida.

El poeta desconfiaba de sí mismo, y en un acopio de voluntad, así habló:

—Mañana formalizaré mi compromiso de matrimonio con Juanita Converse.

—¡Ah! ¿De modo que usted...? Sí... Es lo que ha de ser... Juanita es muy buena y sabrá tener a usted siempre contento.

—Así lo espero.

—Sí, vivirá con ella más contento de lo que hu-

biera estado conmigo; nuestro amor habría sido un vértigo.

Abrióse la puerta. Inés, arrasados sus ojos en lágrimas, miró por última vez a Jeffrey, y desapareció.

Al cerrarse la puerta, el poeta creyó que tras ella se iba el mundo, y exclamó:

—¡Inés, Inés, yo no puedo renunciar a ti, no puedo!

Mas, de súbito, dominándose con energía, profirió contra sí mismo:

—¿Qué es lo que me pasa, Dios mío? ¿Por qué he de ser un miserable esclavo de mis pasiones y no un hombre libre?

Necesitaba olvidar. Aquello ya pasó. Inés era el peligro. Juana la salvación. A ella acudió, a su ternura, a sus caricias, ¡a su pureza!

Ella, mientras paseaban en *auto* por la ciudad, le dijo deliciosamente, apretándose contra él:

—No era verdad que yo fuera a casarme con Ken Seymour; ni siquiera me había pasado por la imaginación esa idea, Jeffrey: sólo te lo dije para... ver si me querías.

—¿Y estás segura de que te quiero, *alma mía*?

Ella bajó los ojos, y rumoreó:

—Me casaré contigo cuando tú quieras.

¡Aire puro de las montañas que acelera el corazón y enciende la sangre; aislamiento delicioso que ensancha el alma y la libra de mezquinos cuidados; casita nido de amores, risueña casita que encierra

*en su estrechez sossegada
lo que el mundo, con ser mundo
y ser tan grande, no abarca!*

Juana había visto convertido en realidad el sueño de su juventud: era ya la mujercita de Jeffrey, y nadie era tan feliz como ella en su retiro en el monte.

De vez en cuando asaltaban al poeta los recuer-

dos de antaño, e Inés acudía a su imaginación con más fuerza que ninguna, obsesionante. No en balde había sido su mejor aventura. No podía olvidar aquella noche, cuando, levantándola en sus brazos, se la llevó, en casa de los Lorimer, a una de las habitaciones, y allí la besó con delirio, como premio de su audacia.

Una noche, temiendo que la fuerza del recuerdo hiciera flaquear su voluntad, abrazóse a Juana, y mientras la estrechaba contra sí, le dijo:

—¿Me querrás siempre, Juanita, a mí solamente?

Ella le miró extrañada, y contestó, mimosa:

—¿Qué cosas se te ocurren, Jeffrey! Claro que sí, siempre, con toda el alma.

Cierto día, Jeffrey, yendo por la carretera que conducía al poblado, vióse obligado a desviar rápidamente su *auto* para evitar un choque con otro automóvil que se había cruzado en el camino, a causa de una avería. Detúvose. Acercóse. Sus ojos no creían lo que estaban viendo. ¿Pues no era la propia Inés la que ocupaba el coche cuyo motor se había repentinamente parado!

Jeffrey y la hermosa demostraron cuánto se alegraban de aquel reencuentro. El poeta no hubiera querido alegrarse, mas no pudo evitarlo. ¡La había amado tanto!

—¿Qué bendita casualidad la de encontrar a usted por aquí, Inés!—exclamó.

—¿Casualidad?—repitió ella, mirándole a los ojos y sonriéndole—: Tal vez no lo sea.

—¿No?

—A veces, el destino...

—¿Quién sabe!

Un camión, detenido cerca de allí porque el *auto* de Inés no se movía y su dueña y el poeta no vivían en aquellos momentos más que para ellos, los hizo volver a la realidad a fuerza de bocinazos, y Jeffrey acompañó a la hermosa hasta su posesión en la misma montaña, a unos kilómetros de distancia de la suya.

Jeffrey revivió las apasionadas escenas de otros tiempos con Inés, y olvidóse de Juana, embriaga-

do por el hábito de la otra.

—No he podido olvidarla a usted ni un solo instante, Inés.

—¿Oh, Jeffrey! ¿Por qué me habla usted así?

—¿Quién puede callar cuando el corazón le pide a gritos que hable?

Se amaban aún. Besáronse. Retrasaron el despedirse, y al hacerlo, conviniendo en volver a verse, Jeffrey fijóse en unas enredaderas que trepaban por la pared asíéndose a unas maderas adheridas en pequeños cuadros a la misma hasta los pisos superiores.

—Es una verdadera escala de Romeo... que pudiera utilizar también cualquier ladrón. ¿No le da a usted miedo vivir aquí tan solita, Inés?

—No... Además, tengo siempre un revólver a mi cabecera.

—¿Ah!... Pero antes de disparar se cerciorará usted de que el intruso es realmente un ladrón, ¿verdad?—osó preguntarle Jeffrey, temblando sus palabras.

Inés le miró fijamente. El pecho, moldeado con amor, majestuoso como el cuerpo del que surgía, levantábase y volvía a su posición normal desacompañadamente. Flotaba en el ambiente el perfume del pecado. El diablo acuciaba a los míseros mortales.

¿Qué contestaría Inés a la proposición de Jeffrey? ¿Aceptaría recibirle, por la noche, en su cámara, penetrando en ella por la ventana?

Jeffrey le imploraba una respuesta conforme a sus deseos, abrasadores, invencibles, y ella, mojóndose los labios al intentar humedecer su seca garganta, dejó al descubierto la sarta de perlas que tenía por dentadura, y movió ligeramente la cabeza y tendió su mano a la del poeta. ¡Aceptaba!

Al volver a su casa, a la hora de cenar, Jeffrey, abriendo la correspondencia del día, dijo, inconscientemente, a Juana:

—¿Sabes a quién encontré hoy?

—No sé...

—A una persona que tú y yo conocemos y que vive en Mountainecrest.

—¿Quién es?

—Inés Martín.

Juana sorprendióse vivamente, y se apoyó en el borde de la mesa para no revelar con un torpe gesto su emoción. Disimuló.

—No sabía que viviese por estas regiones. ¿Y está tan bonita como siempre?

—Sí... claro... Como no le falta nada...

El poeta comprendió, aunque tarde, que había hecho mal en pronunciar el nombre de Inés delante de su esposa, y desvió la conversación.

Juana, por su parte, ocultó su gran tristeza, para no disgustar a su marido en lo más mínimo con el más leve asomo de celos, pero no podía consolarse a sí misma, pensando en que, al llegar, Jeffrey no había estado con ella tan cariñoso como de costumbre...

Después de la cena, Juana se acostó, rogando a su marido que no tardase mucho en reunirse con ella.

Jeffrey pretextó tener que terminar algunas cuartillas, y en la soledad de su gabinete de trabajo se entregó a pensar en Inés. Se paseaba nerviosamente por la estancia. A su mente acudían estrofas que se aplicaban a su caso:

*Vives en mí como la luz del día,
en la esplendente bóveda del cielo;
mientras contra tu amor más me rebelo,
más clara estás en la conciencia mía.
Te esquivas el alma y la ilusión te ansia;
huyete el corazón y eres su anhelo;
busco para mi ardor lecho de hielo
y ardes en mis sentidos todavía.*

La idea de ir a reunirse con Inés le dominaba. Luchó largo rato, y, al fin, aceptó la derrota. Paritiría. Inés le llamaba imperiosamente. Inés era la pasión, la locura. Amarla y después morir. Sí. Juana no era bastante fuerte para retenerle. Le escribió esta nota:

Juana, alma mía:

Estoy convencido de que todo es inútil. Día tras día he luchado contra esta pasión que me arras-

tra a Inés Martín con una fuerza superior a mi voluntad. Perdóname y compadéceme. Dios sabe que he hecho cuanto he podido. Adiós, Juana, ella me atrae como un abismo en el que tengo que caer.

Jeffrey

Vaciló aún, ante su esposa, que dormía plácidamente... mas fué en vano...

El desventurado tuvo razón: Inés era un abismo; y, bajo el imperio de la atracción fatal que sobre él ejercía, nada—el amor de la esposa, la fe jurada, el hogar venturoso—, nada le importaba ni en nada pensaba sino en correr hacia la que llenaba toda su vida como una lama.

Después de franquear ocho kilómetros de empinadas laderas cubiertas de nieve, Jeffrey llegó a la altura donde se hallaba enclavada la aldea de Mountainecrest.

Utilizó la escala de enredaderas. Inés leía en su cama. ¿Le esperaba? Indudablemente. Subíase codiciada locamente por el poeta. Deseaba vencerlo por segunda vez, para siempre.

Jeffrey abrió la ventana, que cedió a su presión, pues no estaba cerrada por dentro.

Inés saltó del lecho, y presentóse divinamente seductora ante él.

El poeta titubeó. Ella adelantóse. Su cuerpo moviase, con seducciones irresistibles, bajo el vaporoso camión. Era el amor que llamaba al deseo. El hombre no pudo retroceder, y anhelante, tembloroso, arrojóse en sus brazos. Fundiéronse sus bocas. El mundo desaparecía para los amantes. De pronto, Jeffrey, estrechando nerviosamente a Inés, dijo:

—Es preciso que huyamos lejos de aquí, Inés, esta misma noche.

—¿Y por qué hemos de huir?

—Sería una infamia quedarnos aquí.

—No comprendo...

—Bastante ha padecido ya Juana por culpa mía para que no deba ahorrarme el dolor y la humillación de quedarme aquí contigo.

—Pero...

—Juana es un ángel, Inés, un ángel.

Inés apartóse bruscamente de Jeffrey, y exclamó, indignada, dolorida, despechada:

—¡Me gusta la franqueza! Te presentas aquí a pedirme que lo tire todo por la ventana para escaparme contigo, y no se te ocurre nada mejor que hablarme de la angelical Juanita. Si tan buena es ella, ¿cómo se explica que ni siquiera haya sido capaz de conservar tu cariño? No has sido feliz ni un solo día a su lado. Te casaste con ella porque yo te mandé a paseo.



Vaciló aún, ante su esposa, que dormía plácidamente...

—¡Eso no es verdad!—gritó Jeffrey, aprestándose a defender a su esposa como se merecía.

—¿Entonces...?

—Me casé con Juana porque la quería, porque vi en ella una mujer muy distinta a las demás. Sí, por eso. Nunca lo he comprendido tan claramente como ahora.

Las palabras de Jeffrey fueron un insulto pa-

tente para Inés. Enalteciendo, como lo hacía, a Juana, el poeta hundía en el desprecio a la que no vacilaba en sacrificar a una mujer buena, que no sabía de engaños, sino de amor.

Inés comprendió que Jeffrey la amaba contra su voluntad, con los sentidos, sin el alma. Esta pertenecía a la compañera, a Juana. Ante su derrota y su pequeñez comparada con la humilde esposa, lloró amargamente. Perdonó las ofensas del arrepentido esposo. Ella había puesto en peligro constante su vida.



—¡Jeffrey! Yo te he querido siempre, y mi amor me ha dado fuerzas...

—Me odias, ¿verdad, Jeffrey?—murmuró.

—No, Inés, siento odio, un odio inmenso contra mí mismo.

La voz del hogar, de la pureza, de la ventura, llamaba al pecador con inusitada fuerza, Jeffrey no vaciló. En aquel momento supremo, Inés desaparecía de su mente. El espíritu maligno había sido

arrancado de su espíritu. En adelante sabría seguir el camino limpio que conduce a la diáfana dicha.

Babució el poeta unas palabras de despedida, y con ciego afán emprendió el camino de regreso, la expiación. Volaba sobre sus *skiss* sobre la purísima nieve.

Al llegar a su hogar, al amanecer, encontró a Juana levantada. La dulce compañera habíase levantado para preparar un refrigerio al esposo, al que supuso trabajando aún. ¿Y la carta? ¡Oh, sí, la había encontrado encima de la mesa! ¡Y la había leído!

Temeroso de las justas quejas de su esposa, Jeffrey preguntóle humildemente:

—¿Encontraste una carta?

—Sí, tómala—contestó ella, devolviéndosela.

—Pero... ¿la has leído? Y... ¡Oh, Juana! ¿Será posible que me perdones? ¿Podrás amarme a pesar de ser yo tan débil, tan tornadizo, tan ingrato?

—¡Jeffrey! Yo te he querido siempre, y mi amor me ha dado fuerzas para creer que un día el tuyo sería mío, bien mío, como lo será desde hoy, ¿verdad, esposo mío?

Y sus lágrimas, al resbalar por sus mejillas, se besaron.

FIN

Próximo número EXTRAORDINARIO,

SÁBADO 27 del corriente - La sentimental novela:

A LAS MADRES:

Cómo todas debéis ser

Creación de Mary Alden, Huntly Gordon,

Norma Shearer, William Collier, etc.

Magnífico asunto dedicado a todas las mujeres, especialmente a las madres - Precio excepcional: 50 cts

Postal fotografía-regalo:

LAURA LA PLANTE